

Progreso progresivo y progreso regresivo

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. ANTONIO PERPIÑÁ RODRÍGUEZ (*)

I. MEDITACION INICIAL

En diversas ocasiones, de palabra o por escrito, hemos tenido ya ocasión de tratar con más o menos detalle el tema del PROGRESO, así como de las distintas implicaciones que lleva anexas —o a que se adhiere él—, singularmente la del INDUSTRIALISMO, que para nosotros constituye la verdadera obsesión como «tema de nuestro tiempo» y que para el sociólogo viene a sustituir como idea clave a la del progreso. Este parece más bien anclado en los mares de la Filosofía (especialmente de la Filosofía de la Historia). En concreto, queremos referirnos aquí a dos disertaciones: el discurso leído por mí en la apertura del año académico del Instituto Social León XIII el 4 de octubre de 1965 y la que tuve el honor de desarrollar en la Junta de esta Corporación del día 29 de octubre de 1968. La lección inaugural primeramente citada llevaba por título *Concepto cristiano del progreso*; la segunda disertación se titulaba *El porvenir del industrialismo*. La coyuntura actual me brinda ocasión para insistir sobre ambas cuestiones, introduciendo algunas modificaciones en el enfoque de antaño, no sólo por causa de nuevas reflexiones, sino también,

(*) Disertación en Junta del día 5 de febrero de 1980.

y aún más, por la emergencia de nuevos acontecimientos a los que es preciso prestar la debida atención. El ritmo de cambio de nuestras sociedades y de nuestro mundo es tan rápido que deja obsoletas (como se dice ahora) las ideas que hace quince o veinte años parecían más o menos firmes, y el deber del investigador es someterse al *aggiornamento* que la teoría neutral impone.

La lección inaugural del curso del Instituto León XIII versó sobre ese tema por indicación del director del centro, cardenal Herrera Oria. Y no se trató meramente de un “pie forzado” en la elección del asunto a tratar, sino también, en cierto modo, en la manera de enfocarlo y resolverlo. Las circunstancias espirituales de entonces, plenamente influidas por el Concilio Vaticano II, y que muy pronto darían lugar a la publicación de la *Populorum Progressio* (en que se remachaba la postura “progresista” de la *Mater et Magistra*), casi me obligaron a armonizar el cristianismo y el progreso, pese a que *in pectore* me burbujeaban fuertes dudas sobre tal armonía. Hube de recoger textos de los Santos Padres para tranquilizar mi conciencia, tuve que acumular argumentos positivos e incluso recoger la autoridad de don Salvador Minguijón, para quien “la noción de progreso, como realización en la historia, debe ser atribuida al cristianismo; en el tránsito del Antiguo al Nuevo Testamento se pasó de lo menos perfecto a lo más perfecto”. El llorado y querido maestro oponía esta versión “progresista” a la perspectiva del conservadurismo pagano que, en contrario, diagnosticaba una caída o decadencia de la humanidad desde una remota “edad de oro” o un “paraíso perdido”. En resumen, pues, pretendí combinar los juicios positivos en pro del progresismo desde la perspectiva “cristiana” con las grandes reservas en contra, que no silencié totalmente. Por otra parte, la disertación sobre “El porvenir del industrialismo” me resultó más fácil y espontánea. En plano mucho más sociológico —o sea, al margen de juicios de valor— recogía los fenómenos realmente producidos en los países desarrollados y en vías de desarrollo, así como las previsiones razonables para el futuro de esos fenómenos de evolución. Aunque ya habían tenido lugar los sucesos del mayo parisino de 1968 y la guerra del Viet-Nam, y la rebelión juvenil y de los estudiantes seguían su curso, mi impresión seguía siendo la adquirida a través del examen de los *felices años cincuenta*, cuando diversos hechos autorizaban una visión optimista sobre el indefinido progreso de la humanidad. Hoy día, en 1980, no se han producido (todavía) las predicciones que se

prodigaron sobre los *sombrios años setenta*; mas estimamos que sí existe base suficiente para enjuiciar con cautela la idea misma del progreso y, sobre todo, para pronosticar su porvenir inmediato. Es lo que queremos examinar aquí con brevedad (sobre todo en comparación con la grandiosidad del tema) y con la debida prudencia que el investigador histórico y social debe poner en sus pronósticos, ya que, a pesar de los “progresos” de las ciencias sociales, siguen siendo éstas un modo enfático de equivocarse al predecir el futuro.

II. PROCESO, PROGRESO, REGRESO

De acuerdo con lo puntualizado por el profesor García Morente en su discurso de ingreso en esta Real Academia en 1932 (cuando aún era lícito creer casi sin reservas en el progreso), hay que distinguir entre PROCESO y PROGRESO. El primero es sencillamente una marcha o curso de los acontecimientos en virtud de fuerzas naturales, apreciado en su pura realidad con arreglo a simples descripciones. El segundo indica algo más, ya que la idea de decurso o devenir es pensada como *fruto del esfuerzo humano* y se mide por *juicios de valor*, o sea aplicando criterios de estimativa humana. Es una “realización de valores”. Si la historia natural nos muestra la evolución de las especies según las leyes de la naturaleza y con neutral indiferencia a su significado inmediato para las valoraciones humanas —pues incluso aunque se describa como paso de lo simple a lo complejo no prejuzga que esto último sea mejor o valga más que lo simple—, la historia humana progresista nos descubre una sucesión de culturas, de estilos y formas de vivir provocada por la intencional acción del hombre movida por preferencias y valoraciones y que lleva el indicativo de “hacia lo mejor”. Tal sucesión histórica, cuando se contempla bajo la especie de progreso, no sólo se marca por fases temporales, sino que también se entiende que las *posteriores* son, en general, además *mejores* que las que las preceden. Podrá haber pausas y eventuales retrocesos; pero en conjunto la humanidad marcha por su propio impulso hacia lo más perfecto. Esas dos características, perfeccionamiento axiológico y creación humana, son negadas por dos teorías filosófico-históricas muy en boga, la de Oswald Spengler y la de Carlos Marx. Para el primero, aunque hable de plenitud cultural y de decadencia, no hay, en realidad, ningún progreso o regreso final. No hay historia universal como línea única, sino sucesión o co-

existencia de diversas culturas que “crecen en una sublime ausencia de todo fin y propósito, como flores en el campo”. Sus entusiasmos vitales no llegan a ocultar su naturalismo y su determinismo, tan ajenos a cualquier idea de progreso. Pero la teoría del autor de *El Capital* merece, rectamente entendida, la misma consideración. En el palimpsesto de su obra (fruto de su constante ambivalencia mental, acaso esquizofrénica) la concepción materialista de la historia apenas si deja ver algunas líneas juveniles de la utopía comunista como futuro mundo mejor. El hombre ya no hace la historia (como escribió en sus tiempos mozos), sino las inflexibles fuerzas productivas, cuya trayectoria no pasa de ser un trasunto del evolucionismo naturalista de Darwin, como él y Federico Engels repitieron en numerosas ocasiones. Cuando Engels proclama a Marx como creador de la “ciencia histórica”, en paralelo con el autor de *La evolución de las especies*, viene a negar la aplicabilidad de la noción de progreso que no es válida en la “ciencia natural” descriptiva.

Pero cuanto acabamos de decir nos abre el camino para dejar bien aclaradas algunas ideas. Hasta cierto punto, una mutación en las formas de vida humanas producidas por causas naturales puede ser estimada positivamente (como el crecimiento de las flores en el campo o como la desaparición de la propiedad privada), y entonces tendríamos que hablar, completando a García Morente, de un **PROCESO PROGRESIVO**; a cuya fórmula podemos adjuntar la que, valorando en sentido opuesto, nos hablara de **PROCESO REGRESIVO**. En el fondo, el tránsito de la “cultura” a la “civilización”, según la “decadencia” de Spengler, viene a ser eso. Pero a nosotros lo que nos interesa aquí es el fenómeno, aparentemente contradictorio, del **PROGRESO REGRESIVO**.

La expresión y la idea inicial las debemos a Alfred Sauvy, quien, recogiendo la acepción dominante en el siglo XIX (cuando el pragmatismo materialista americano desplazó al intelectualismo europeo del siglo XVIII), entiende que el auténtico progreso no debe consistir sólo en un constante crecimiento de la riqueza de las naciones, en un mero desarrollo económico global, al modo manchesteriano, sino también y sobre todo en la creciente participación de todas las capas sociales en ese aumento de la riqueza. Esto sí es progreso, progreso progresivo, diremos redundantemente; lo otro es algo de signo contrario, progreso regresivo o recesivo, diremos contradictoriamente. Nos place la idea que, por lo demás, resulta concordante con la

doctrina social de la Iglesia: "... el desarrollo económico y el progreso social deben ir juntos y acomodarse mutuamente, de forma que todas las categorías sociales tengan participación adecuada en el aumento de la riqueza de la nación" (*Mater et Magistra*, 73). Quizá fue Henry George quien descubrió ese posible curso paralelo de *Progreso y Miseria*, afirmando que si no hay justa distribución de la riqueza, de suerte que junto a la creciente opulencia de unos marche la miseria de otros, no hay auténtico progreso. La pura concepción *económico-global* de progreso se ve desplazada por la perspectiva *social y diferencial*. Más aún. Si la miseria y la desigualdad aumentan al mismo tiempo que la producción nacional y el desarrollo de la industria, solamente se puede hablar de regresión o, si se quiere, de progreso regresivo.

Ahora bien, queremos aprovechar la puntualización de Sauvy, ampliándola en dos direcciones al ponerla en cotejo con la definición de García Morente. De un lado, si el progreso es la creciente "realización de valores" (empleando la palabra "valor" en su forma plural), resultará que un mismo fenómeno de hecho habrá de estimarse más o menos progresivo o regresivo según el valor concreto desde que se contemple. De otro lado, como la escala estimativa o cuadro jerárquico de valores no es único y universal —hay diferentes axiologías, cada una con sus pretensiones de justificación y con sus adeptos—, resultará que un mismo dato histórico podrá enjuiciarse a la vez de manera opuesta. En el primer supuesto, una misma axiología podrá llevar a una ambivalencia del proceso; en el segundo, dos sistemas axiológicos opuestos conducirán a otros tantos juicios de estimación contradictorios. Algunas de las más destacadas consecuencias de una y otra complicación constituirán el tema de nuestra disertación.

III. ¿QUE ES EL PROGRESO?

Pero, ante todo, es menester ponerse de acuerdo sobre lo que significa esa palabra. Sus acepciones gramaticales son varias, aunque, en general, significa ir hacia adelante. Desde el punto de vista filosófico-histórico y sociológico ya se nos concreta algo esa acepción al hablársenos de una creciente y enriquecedora "realización de valores". Ahora bien: ahondando en el análisis del concepto de VALOR

es como vamos a llegar al enjuiciamiento correcto del progresismo. Para nosotros, *el valor es una categoría esencialmente distinta de la de moral* (1). No aceptamos el objetivismo de los neokantianos de Baden ni, sobre todo, el de Max Scheler, para los que existe una esencia objetiva del valor y una conexión *a priori* de los valores, de tal suerte que viene a resultar que *los valores valen con independencia de cómo se den las valoraciones humanas*. Por el contrario, creemos que el valor (siguiendo incluso su significado originario y vulgar) es algo que depende de las estimaciones de los hombres concretos, reales y vivientes; no se da allende ellos ni en una humanidad abstracta filosóficamente estudiada, a partir de la cual los valores puedan imponerse a los individuos. Para nosotros, lo que está por encima de los criterios efectivos y afectivos de los hombres y puede obligarles no es la Axiología, sino la Ética. Con Kant admitimos que “bueno” y “malo”, como categorías impositivas o como imperativos categóricos, están desligadas del mundo de los valores, donde sólo habrá imperativos condicionados, reglas técnicas, no normas obligatorias. De un lado, en el mundo de lo relativo y cambiante, se hallan los valores, su jerarquía y su vigencia, gobernados por las estimaciones y sentimientos empíricos de los hombres. De otro lado está el reino de la Moral, forjado e impuesto por Dios, por la voluntad de Dios legislador, como dice el P. Suárez a propósito del *ius naturale*.

Con arreglo a nuestro entendimiento (que trata de separar con el aval y la energía de la Semántica dos mundos tan distintos como el de lo libremente preferible y el de lo obligatoriamente impuesto) resulta un dato de sumo interés. Los valores son, sin duda, varios y diversos, y como no obligan, pueden establecerse diferentes escalas o jerarquías de valores *en coexistencia pacífica*. Los principios de la Moral son inalterables (2), y aunque históricamente haya habido diferentes sistemas de moralidad podrán estar “en paz”, pero no “coexistir” en igualdad jerárquica. Como consecuencia, lo que se llame

(1) Hemos tratado ampliamente este tema en nuestra época juvenil (sin desdecirnos ahora) en *Teoría de la realidad social. Los problemas del hombre y de la vida humana*, C. S. I. C., Instituto Balmes de Sociología, tomo I, Sección II, Madrid, 1949.

(2) A partir de los primeros y pocos principios inmutables, las normas morales pueden variar “según las exigencias de la materia”, que diría un escolástico. Es lo que con exagerado formalismo apunta RODOLFO STAMMLER en su *Derecho natural de contenido variable*. Pero no hay una axiología natural, salvo en lo que parcialmente pueda derivarse del modo de ser del hombre, no de lo que él debe ser y debe hacer.

o quiera llamar PROGRESO, en cuanto proceso referido a valores, es algo *relativo e histórico*. Sea cual fuere su intención significativa, *el progresismo no es una creencia colectiva universalmente válida ni justificable "a priori erga omnes"*. No nos parece, pues, que se corresponda con el espíritu del Cristianismo. Frente a Minguijón, querríamos traer la opinión de Unamuno, que no era ortodoxo, según el cual "la historia, que es el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres, carece de última finalidad humana, camina hacia el olvido y a la inconciencia". Hacer de lo relativo e histórico algo absoluto y de necesidad histórica es una de las pedanterías del pensamiento occidental, al que le hace falta realizar el giro copernicano que le reclama Spengler.

Más aún. Aunque admitamos que el progreso es el enriquecimiento de los valores, la coexistencia pacífica de diversas escalas axiológicas hace que simultáneamente y con el mismo derecho un proceso de expansión de un hecho de valor pueda conceptuarse como "progresivo" o como "regresivo", según la estimación preferida. **HARIA FALTA QUE EN EL PROCESO FACTICO DE LA HISTORIA TODOS LOS VALORES CONCEBIBLES SE ENRIQUECIERAN A LA VEZ PARA PODER HABLAR SIN RESERVAS DE PROGRESO.** ¡Y aun así la *affectio progressionis* no sería obligatoria, pues eso apuntaría a la mejora del deseo libre y opinable, no al perfeccionamiento en lo ético y obligatorio!

Una aclaración más que nos ayude a desenredar la madeja de esta cuestión del progresismo. Si los valores son muchos y hay libertad estimativa en los individuos (de gustos no hay nada escrito), resulta ya explicado cómo puede haber uno o varios progresos regresivos, es decir, procesos positivos con arreglo a un cierto valor predominante y negativos según la norma de otra jerarquía axiológica.

Pero la palabra "progreso", con el "ismo" correspondiente, no resulta todo lo neutral que podría implicar la concepción relativista de las diversas escalas axiológicas en su convivencia pacífica, tan opuesta al absolutismo de los sistemas de Moral. Antes al contrario, el PROGRESISMO, como fenómeno histórico concreto, tiende a elevar la Axiología al rango de Etica, erigiendo el valor o los valores por él preferidos como verdaderos imperativos categórico. ¿Y qué valor o valores específicos son los suyos? A nuestro juicio, el Cristianismo no es progresivo, sino que, a la inversa, en la concepción

progresista se encierra un germen de anticristianismo por la sencilla razón de que el Evangelio libera el alma de los afanes terrenos para hacerla mirar al cielo, mientras que el progreso opera con rumbo distinto: atrae al hombre a los afanes de este mundo inmanente, distrayéndole del más allá. En la estrambótica y paradójica idea del P. Teilhard de Chardin, que quiere hermanar el Dios de los Cristianos, que está allá arriba, y el Dios de Marx, que se encuentra allí delante, se encierra toda la contradicción. Ni Marx creía en ningún Dios (salvo, si acaso, la “divinidad” inmanente de la Humanidad, de sus tiempos juveniles) ni el cristiano cree que en el futuro la salvación del alma (¡que es lo que más vale!) aumentará en facilidades como aumenta el producto nacional bruto.

Como fenómeno histórico concreto, y huyendo de cualquier “inflación” del mismo (como diría Huizinga) que pretenda abarcar hechos anteriores más o menos análogos, el progreso es algo peculiar y exclusivo de la *Weltanschauung* occidental moderna. Surge con la ciencia positiva del Renacimiento, en realidad, con el *natura imperare parendo* de Bacon: dominar la Naturaleza “progresivamente” a fuerza de aumentar nuestros conocimientos científicos. Técnica y ciencia son los valores supremos. Acaso se “espiritualice” esto algo con el setecientos europeo, con su progresiva expansión de la civilización, la cultura y la suavidad de las costumbres; pero adopta definitivamente una posición más materialista al ser absorbida la idea en los siglos XIX y XX al ir triunfando el “modernismo” americano sobre los restos del “tradicionalismo” europeo. Casi podríamos decir que hoy en día progreso se identifica con *industrialización*, con desarrollo económico.

En nuestro discurso inaugural del León XIII antes citado, y a base de la anfibología a que conduce el pluralismo de los valores, decíamos que debían distinguirse, por lo pronto y siguiendo la línea de pensamiento que acabamos de trazar, el progreso *técnico*, el *científico* y el *económico*, añadiendo después el progreso *social* (sobre la base de las ideas de Henry George, de las Encíclicas papales y de Alfred Sauvy), más el progreso *político-administrativo* (modernización y desarrollo se asocian —o se asociaban hasta 1917— a democratización y liberalismo), *cultural* (como visión más amplia que el puro intelectualismo científico-técnico), el *vital* (en cuanto la vida humana en sí constituye un valor) y el progreso *moral* (mejora efectiva de las costumbres). Y como el fenómeno del desarrollo económico tecnocrático se produce sin un *consensus* o crecimiento igual de cada uno de los

valores clave de esos tipos de progreso, la interesante noción de PROGRESO PROGRESIVO y su réplica de PROGRESO REGRESIVO se amplían mucho más allá de lo que nos enseña Sauvy.

IV. EL PROGRESO ECONOMICO Y SUS SECUELAS REGRESIVAS

En realidad, los diferentes tipos de progreso a que acabamos de hacer referencia pueden reagruparse no sólo por conveniencias de simplificación, sino también por exigencias de sistematización. Recordando la trilogía marxista, vamos a hablar de tres aspectos básicos: el económico, el social (incluido el político) y el ideológico o cultural, donde tendrá cabida la alusión al “progreso” o regreso en la línea de los valores vitales, individualísimamente humanos, pues en la movida película de la historia el protagonista es el hombre y no la cultura.

Empezaremos por el nivel económico, que actualmente ha venido a representar el principal indicador del progreso progresivo, como ya sabemos. Y en él se reúnen y correlacionan el aspecto técnico, el científico y el económico en sentido estricto. La humanidad realmente nos muestra en su historia un indudable proceso de desarrollo y perfeccionamiento de su tecnología, desde el hacha de sílex hasta los ordenadores electrónicos y otras muchas maravillas más. Pero esto en sí mismo, como puros logros de artificio material, no constituye en modo alguno un progreso *social* ni incluso *cultural* (dando a esta palabra su noble significado europeo). El desarrollo y perfeccionamiento de la TECNOLOGIA interesa a la sociedad y a las ciencias sociales en cuanto sus transformaciones repercuten en las relaciones interhumanas e, inversamente quizá, en cuanto el cambio de éstas influye en el proceso de acumulación de conocimientos técnicos. Y aquí es donde se hace preciso recoger la afirmación básica de este tema: NO HA SIDO EL DESARROLLO TECNICO EN SI LO QUE HA CONTRIBUIDO AL PROGRESO INDUSTRIALISTA, SINO SU APLICACION SISTEMATICA AL INCREMENTO DE LA PRODUCCION ECONOMICA. Como han puesto de relieve diversos escritores, los egipcios, los chinos, los indios y más todavía los pueblos de la antigüedad clásica y del medievo develaron muchos misterios de la naturaleza y poseyeron notables conocimientos técnicos,

fabricando incluso ingenios muy notables; pero su orientación espiritual o ideológica no les llevó a aplicar eso a la producción creciente de bienes económicos. La idea de aprovechar de forma sistemática y continuada aquel saber a este último menester es lo que constituye la verdadera revolución del progreso industrialista. O sea, que progreso técnico y progreso económico se hallan íntimamente unidos. Tal es, además, la gran aportación de Occidente a la historia universal. Y obsérvese de pasada cómo se descubren elementalmente un gran acierto y un gran yerro del marxismo. La tecnología, el desarrollo de las fuerzas productivas, se encuentra aparentemente en la base del desarrollo social; mas decimos aparentemente porque antes se ha producido un cambio sustancial en las actitudes colectivas que rompieron los frenos e impedimentos que el espíritu tradicional oponía al aprovechamiento industrial del saber tecnológico. Antes de la *revolución económica* (cambio de la estructura social como consecuencia de las transformaciones de las fuerzas productivas) y como causa de ella tiene lugar la *revolución ideológica* o transformación de las creencias básicas vigentes, que al dar luz verde para que la técnica se ponga al servicio de la producción económica y de la productividad acarreó todos los cambios de infraestructura que quiera Marx. Y eso, la revolución ideológica modernista, es el punto de partida de lo que se ha llamado y se llama PROGRESO en sentido estricto. Un pueblo que avanza en el campo de la producción económica, un pueblo que para eso ha necesitado aceptar plenamente el *modernismo* y su técnica, es un pueblo progresista, y otro que sea refractario al gran cambio por mantener las ideas del *tradicionalismo* (aceptando la gran bipartición de los americanos), que no quiere adentrarse en la vía del industrialismo, es un pueblo regresista. Si no quisiéramos forzar demasiado las cosas diríamos que el progresismo es la idea “izquierdista” que mira hacia el futuro con ilusión utópica, y lo contrario, digamos regresismo, es la idea “derechista” que vuelve su mirada hacia el pasado, a menudo con la nostalgia del “paraíso perdido” o de la “edad de oro”.

Sin duda que se ha avanzado inconmensurablemente en el camino de la producción técnico-económica. Pero el crecimiento medido en ceros a la derecha de las cifras de materias primas extraídas, de unidades de energía, de bienes de producción y consumo, ¿es un progreso auténtico? ¿Constituye un enriquecimiento en la realización de valores? ¿Y de qué valor? En principio y en abstracto, la

economía no tiene o no obedece a ningún valor autónomo propio, sirve a todos los fines de la vida, a toda realización de valores que requiera una base material. Y los inventos técnicos, incluso su utilización económica, han servido a los valores religiosos (los relojes mecánicos se inventaron para regular las horas de rezo en los conventos, según Lewis Mumford; la imprenta, para difundir la Biblia), a los valores culturales (multiplicación de bibliotecas, creación de refinados instrumentos de arte), etc. Sin embargo, creemos que el llamado con más papanatismo que espíritu crítico “progreso económico” es al mismo tiempo fuente y raíz de varios fenómenos que desde el ángulo de ciertos valores (particularmente los religiosos y culturales) autorizan a calificarlo como PROGRESO REGRESIVO. Pese a todas esas aplicaciones a la actividad de sentido religioso, intelectual o artístico, lo cierto es que el motor principal de la gran producción económica industrialista ha estado y, sobre todo, está hoy en día en la satisfacción de las necesidades materiales inmediatas (3). Pero no simplemente para vivir, sino para *vivir mejor eudemonística o sibiráticamente*. Para la mayoría de la gente de hoy, que ve en el ascetismo una renuncia absurda e inútil, sin duda que ahí yace la clave de la auténtica y perfecta axiología y que producir más cosas que producen más goces sensibles o corporales es el verdadero PROGRESO.

Ahora bien, tal hecho puede valorarse negativamente, como regreso o antiprogreso, no sólo por el derecho que asiste a otros valores a pretender la hegemonía y, más hondamente aún, por los frenos que la mayor parte de los sistemas morales ponen a esa tendencia, sino también incluso en el plano de las estimaciones materiales o materialistas mismas. Materialismo en el vivir es algo que ya se ha dado en la historia, concretamente en las épocas bajas del mundo occidental antiguo. Pero en éste (tan parecido en muchos aspectos al de nuestros tiempos) se daban dos circunstancias que dificultaban o hacían imposibles los efectos regresivos del progreso económico en el ámbito del buen vivir material. De un lado, algunas filosofías grie-

(3) Es muy interesante, para la recta comprensión del marxismo, tener presente que la polivalencia teleológica de la producción económica (indeterminación de los fines a cuyo servicio puede ponerse) no autoriza a interpretar esa doctrina en puro sentido objetivo no psicológico y, por ende, a absolverla de su materialismo. Como se desprende de numerosos textos y del espíritu general de la doctrina, Marx y Engels no piensan en las catedrales, las bibliotecas, las pirámides o los stradivarius al hablar del desarrollo de las fuerzas productivas. La interpretación *económica* de la historia (como rebautizó Bernstein al marxismo) será siempre una concepción *materialista* de la historia.

gas acuñaron el concepto de *eutrapelia* que a veces contenía la *pleonexia*: el cálculo de la moderación sujetando el ímpetu del placer de satisfacer necesidades no necesarias, por decirlo así; de otro lado, griegos y romanos carecieron de los conocimientos científicos imprescindibles para producir bienes de consumo superfluo. Probablemente los romanos de la decadencia tenía un ánimo o afán de placeres materiales superior a los occidentales teorizados por Spengler como decadentes; sobre todo, eran más refinados. Es posible que la eutrapelia, como moderación en la entrega a los valores, quedara mucho más en el limbo de la filosofía que en el barro de la vida real, y hasta es posible que en ese sentido moderador el puro racionalismo higiénico actual sea más eficaz para frenar el abuso en la conducta epicureísta (en el sentido peyorativo con que se usa la palabra). Pero les faltaba la técnica refinada para producir bienes de disfrute, *les faltaba el progreso técnico-económico*, y éste es el que ha venido a dar la primacía al materialismo moderno sobre el antiguo y, con ello, el que ha venido a transformar en regreso vital o materialista aquel proceso.

El primer indicador lo tenemos ya en la idea que se va extendiendo cada vez más con el término de *ecologismo*. El progreso material está destruyendo y envenenando el medio ambiente material... y eso es un efecto regresivo materialista. Antes que vivir bien, hay que vivir, y el afán de goce va a acabar por aniquilar biológicamente la capacidad de goce. Los sibaritas de la Roma clásica no necesitaron ningún Club de Roma que les advirtiera de ese inexistente peligro. Contra esta autonegación del progreso materialista puede alegarse que la técnica y la ciencia modernas siempre encontrarán medios para remediar ese deterioro ecológico y que, como la Antropología demuestra, el *homo sapiens* es capaz de adaptarse a los ambientes más impuros o considerados como tales según la fisiología actual de la especie.

Concedemos fuerza a este argumento de nuestros progresistas, pero vamos a añadir otro más difícil de rebatir. Siguiendo trayectorias marcadas por el marxismo, se asocian el progreso tecnológico y la producción de bienes de consumo. Y se olvida una idea en cierto modo próxima y en cierto modo contradictoria, según la cual no es la economía y los medios de producción quienes determinan los cambios histórico-sociales, sino la guerra y los medios de destrucción, según la *interpretación bélica de la historia*, agudamente apuntada

por Ortega y Gasset y cuya idea se halla todavía sin explotar. El progresismo moderno tiene su raíz en el progreso técnico y éste, a su vez, en la ciencia positiva natural moderna, hasta el punto de que algún autor propone que en lugar de época preindustrial se hable de época prenewtoniana. Pero la ciencia se pone lo mismo, y aun antes, al servicio de la guerra que del desarrollo económico. Los primeros inventos modernos se debieron en muy buena parte a los ingenieros militares; el progreso inventor que llevó a la segunda revolución industrial neotécnica parece ser que debió mucho a los esfuerzos imaginativos para ganar la guerra de secesión norteamericana. La primera guerra mundial nos trajo los tanques (anteriores a los tractores), los aviones perfeccionados, etc. Por la segunda guerra mundial ha surgido la energía atómica (antes de su uso pacífico se destruyó Hiroshima), el radar, etc. Pues bien, en este belicismo que opera como motor del progreso técnico, ¿no estará la preparación del aniquilamiento no ya del buen vivir y del deterioro ecológico, sino, además, de la vida misma? ¡Ojalá tengan razón en esto los progresistas y su optimismo!

Pero es que además, y sin entrar en más detalles, la forma de vivir que impone el industrialismo va haciendo que cada vez para mayor número de personas “no se pueda vivir” ni “vivir bien”. Se ha ampliado la vida media, que quiere decir tanto como que se ha prolongado las artrosis, la duración de las dispepsias, de las debilidades cardíacas y neurológicas, amén de inventarse o multiplicarse enfermedades antes de sus remedios (infartos, neurosis, etc.). Por otra parte, muchos estilos de vida son claramente regresivos en el aspecto del buen vivir sibarita. Ahora se come de prisa en una cafetería, antes se degustaba una comida durante tres horas, con el placer de la conversación, el puro y otras guarniciones no gastronómicas. Antes se disfrutaba del paisaje paseando, ahora se le toma como punto de referencia para un accidente automovilístico, etc. El hombre preindustrial era más feliz que el del progreso industrializado, como lo demuestra el famoso cuento del hombre feliz que no tenía camisa. Un autor (Cash) lo ha generalizado teóricamente con su descubrimiento de la escasa alegría que acompaña al industrialismo. Sin contar, finalmente —y no es uno de los menores fallos—, que la supervaloración de los goces materiales y la anhelante búsqueda de nuevos medios para satisfacerlos produce un deterioro axiológico general al desvalorizar los demás valores no materialistas. No hay simplemente

una “transmutación” de valores, como diría Nietzsche, sino una “degeneración” de los mismos. Y esto sólo puede conceptuarse como PROGRESO REGRESIVO.

V. EL PROGRESO SOCIAL COMO PROGRESISTA O REGRESIVO

Ya dijimos que Henry George descubría que no existe auténtico progreso si no hay una justa y universal distribución de la riqueza. Sobre la misma idea Sauvy nos inició en la idea de distinguir progreso *progresivo* y *regresivo*, siendo este último el primitivo de la burguesía económica triunfante y debiendo ser el segundo su corrección al extender las ventajas del desarrollo de las fuerzas productivas a toda la población. Por su parte, la *Mater et Magistra* nos enseña que desarrollo económico y progreso social deben ir juntos, al participar adecuadamente todas las categorías sociales en el aumento de riqueza de la nación (núm. 73). Desde este punto de vista, ya no se trata de un industrialismo progresista medido por el producto nacional bruto en forma global o simplemente calculado en abstracto *per capita* (encuya forma España figura muy por debajo de Kuwait o Venezuela), sino de un aumento de la riqueza de todos los individuos y familias, si no en plena igualdad, sí, al menos, en forma “adecuada”, como dice el documento papal citado. Este progreso *social*, basado, sin duda, en el progreso *económico*, parece que ha de ser inscrito como el auténticamente progresivo o progresista. Si la primera revolución industrial elevó enormemente la potencialidad económica de una capa social, más tarde se ha tendido —y en muy buena parte se ha logrado— que esa situación satisfactoria desde el punto de vista material alcance a las zonas más humildes de la sociedad. No es simplemente el paso del capitalismo al socialismo (pues dentro del primero ya se ha operado esa mutación), sino la extensión de las ventajas del industrialismo a la mayoría de la población. Si el sistema capitalista benefició materialmente a la minoría burguesa (y no burguesa en el poder), el socialismo puede llamarse, pues, como dice Oswald Spengler, *el capitalismo de la clase inferior*.

El primer comentario debe ser de tipo histórico-sociológico. Ese progreso social, absolutamente indiscutible y evidente sin necesidad de recurrir a datos estadísticos, desmiente de modo rotundo la lla-

mada “ley de miseria creciente” o de fatal empobrecimiento del proletariado, que constituye quizá el supuesto básico de la revolución socialista tal como la prevé Carlos Marx. Más aún. Si progreso auténtico es elevación del nivel de vida de las masas populares y disminución de las desigualdades, ello se ha logrado mucho más en Estados Unidos que en la Unión Soviética. El obrero occidental de los países “progresivos” vive mucho mejor que el de las democracias populares; e incluso —desmintiendo lo que los soviéticos llaman miseria creciente relativa, como apertura mayor del abanico diferencial de ingresos— las diferencias de renta son hoy, en la fase del neocapitalismo (no en balde llamado también capitalismo “social”) inferiores en el Occidente más avanzado. Y otra observación más. Frente a las afirmaciones de las tesis marxistas de que el capitalismo (léase el industrialismo capitalista) trajo, por lo menos en sus orígenes, la explotación y la miseria de las masas populares, sería interesante estudiar con criterio histórico-científico cómo vivían éstas antes y después de la primera revolución industrial y por qué la ciudad y su trabajo empezó a atraer no ya a los campesinos (¡la aldea perdida!), sino también a la enorme masa de mendigos y vagabundos que en los siglos XVII y XVIII constituían en Francia e Inglaterra el 15 y aun el 20 por 100 de la población. De esta suerte, desde sus orígenes, y pese a sus crueldades y formas de explotación laboral y humana, el capitalismo supuso ya algo de progreso social. Tampoco implicó un aumento en las desigualdades, pues las existentes entre los príncipes y grandes aristócratas del *ancien régime*, de un lado, y los campesinos y vagabundos de entonces, de otro, eran mucho mayores que las imperantes en la actualmente en la Europa occidental o en Estados Unidos entre los magnates de las finanzas y la masa asalariada (en que cada vez crece el ascenso de los obreros a puestos de más calificación, a empleados o a técnicos). Quedan todavía manchas de “subproletariado” en condiciones ínfimas de existencia; y eso es lo que hay que corregir, con independencia de la colectización o no de los medios de producción.

Pero esta mejora generalizada en las condiciones materiales de vida, ¿es un auténtico progreso progresivo en cuanto progreso social? Desde el punto de vista de las estimaciones hedonistas, evidentemente sí: cada vez más gente vive mejor en ese plano. Añadiendo además valoraciones de tipo ético, es innegable que el remedio generalizado y progresivo de la miseria es un hecho progresista; y es a

esto a lo que se refieren las Encíclicas papales. Pero se nos ocurren tres observaciones. Primero: si suprimimos la moral (muerto Dios, todo está permitido), en ese mejoramiento absoluto y relativo de las condiciones socioeconómicas puede haber algo “regresivo”, algo contrario a lo que marca y ordena la axiología desigualitaria definida por Nietzsche como “moral de señores”. ¡Cuántas estimaciones subconscientes o preconscientes de este porte yacen en el fondo de muchas almas farisaicas... de fariseos del cristianismo o del comunismo! Segunda: aceptando la ética cristiana o humanista, ¿no sucederá que lo que estamos haciendo con ese progreso social es pervertir al pueblo, haciéndole más materialista y destruyendo su sana alegría preindustrial? ¿Progreso hacia *un mundo feliz* para todos o retroceso merced a la difusión de los males del desarrollo económico que hemos descrito antes? Con todo, habida cuenta del alivio de miserias y padecimientos que nos trae el desarrollo técnico-científico, no creemos que éste deba reservarse a las minorías dominantes. O jugamos todos, o rompemos la baraja, podrán decir los humildes. Esta es la base de la paz social que constituye un factor positivo en el mundo de los valores no bélicos. Y con las metralletas y las bombas atómicas, la guerra ha perdido lo que podía tener de atractivo, de valioso con arreglo al espíritu caballeresco tradicional. Y como tercera observación queremos decir que, resuelta en parte la cuestión social interna, y sin perjuicio de que lo logrado hasta ahora no se quiera utilizar como final de la línea del progreso económicosocial, queda todavía por resolver un gran problema análogo, planteado agudamente después de la II guerra mundial: el de las llamadas *naciones proletarias*, o sea, de la miseria a escala mundial. Las ideas de *Tercer Mundo* y de *subdesarrollo* no son simplemente descriptivas, sino que llevan ínsitas dimensiones de valor y de justicia. La cuestión social ha roto las fronteras nacionales y aunque sea incorrecto hablar de naciones “proletarias” y aunque, con ello, se pase a un terreno completamente distinto del explorado por Marx (y aun por Lenin), con todo tenemos presente el problema de promover el progreso social y económico en el Tercer Mundo, sin cuyo desarrollo seguirá siendo “regresivo” el de los países progresistas. Pero ¡ojo!: lo mismo que en lo interno el progreso técnico-industrial tiene mucho de regresivo (en cuanto el talante civilizador acabe con la sana alegría rural), hay que pensar en que lo mismo puede acaecer en la exportación del progreso. Los “salvajes” de Tahití eran mucho más felices en su propia salsa que cuando los europeos les aportaron los metales y la sífilis.

Nos llevaría muy lejos, mucho más allá de lo que nos impone la extensión de nuestra disertación, hablar del progreso *político y administrativo*. Bástenos insinuar que aquí progreso es igual a democracia y a tecnocracia (incluso aunque ésta moleste), y que el tema de la positividad o negatividad axiológica de ambas se traslada al de las formas de Estado, donde el relativismo es mayor aún que en la economía (cada pueblo y cada época tiene su “mejor” forma política) y en que el análisis sociohistórico puede afirmar con cierta seguridad que el progreso democrático ha tocado techo ya y que sólo queda *desde el punto de vista de los hechos* el retroceso a formas cada vez menos democráticas, llámense cesarismo, monarquía republicana, principado, oligarquía tecnocrática o como quiera decirse. ¿Es mejor o peor?

VI. EL PROGRESO CULTURAL

Y nos queda por hablar del progreso en el mundo de los valores de la cultura, con inclusión de los llamados valores religiosos y morales —que para nosotros no son tales, pues no plantean cuestiones de estimación subjetiva libre, sino de obligación—. Ha sido el “Kulturalismo” alemán (con K y todo) el que ha insertado la moral y la religión junto a otras zonas culturales a otros valores del espíritu; y así las mismas han tenido entrada en el “mundo del espíritu” en globo, pero del espíritu moderno; no sé si para dignificar a éste o para degradarse ellas. Pues bien, en este terreno las cosas no se presentan con idéntico cariz al hasta ahora considerado.

Alfredo Weber, el gran historiador de la cultura y sociólogo como su hermano Max, el más grande de todos, distingue en la historia tres procesos: el *social*, como sucesión de grandes cuerpos colectivos humanos, de pueblos (no tiene nada que ver con el progreso social a que hemos hecho referencia), el de *civilización*, relativo a la evolución de los medios técnicos y materiales (la cultura material de los norteamericanos) y de organización, y el *proceso cultural*, como serie sucesiva de realizaciones de los valores del espíritu. Pues bien, en el primero no se puede hablar en modo alguno de progreso. Los movimientos de población, la sucesión de naciones y pueblos en sí misma, es una re-tahíla de formaciones humanas de hecho que, sin duda, son base material y consustancial de los otros dos procesos, pero que han de apreciarse con neutralidad historiográfica, sin traer a colación problemas

de valor ni de progreso. A lo sumo, se podrá hablar de crecimiento demográfico cuantitativo, sin pasar de la consideración de si lo *posterior* es lo *mejor*. Es más, a partir de la aparición del *homo sapiens* es muy discutible hablar de una evolución progresiva de la especie. Por lo menos, si bien es cierto que el hombre histórico sobrepasa en muchos aspectos al prehistórico, no lo es menos que desde la protohistoria no se puede hablar rigurosamente de un progreso en los valores vitales. La salud y la energía vital son, o pueden ser, consecuencia del progreso en los medios externos de mantenerlas. El hombre no se ha hecho más fuerte, más valeroso, más enérgico, más noble y duro, más vital; en lo que haya de superioridad del “yanquee” sobre el piel roja, de los europeos sobre los negros africanos o de la actual tercera edad sobre la del mundo antiguo —en que era mínima, comparada con la de hoy— cuentan nada más realizaciones objetivas humanas más que mejoras subjetivas, pues, en todo caso, no ha progresado el *ser* del hombre, sino las *obras del hombre*. O sea, que seguimos siendo monos desnudos en la era de los ordenadores electrónicos. Todavía no vemos resplandor alguno que nos anuncie la aparición del *homo socialista*, que según Fourier y Karl Kaustky llegaría a medir tres metros de estatura y más, y que con arreglo a la utopía comunista carecería de odios, ruindades y malas pasiones. El *homo sovieticus* que descubrió Klaus Mehner en 1956 *no es mejor* que el hombre occidental. Incluso cuando vemos en los registros de las olimpiadas las marcas obtenidas por los y las atletas rusos o de Alemania oriental, no caba deducir de ahí mayor vitalidad, sino mejores “técnicas” de entrenamiento, de dedicación plena para mejor propaganda internacional con subvención del Estado (¡el coronel Puskas!)... hasta el uso de hormonas masculinas en las *recordwomen*. Trasladado esto a lo colectivo, se confirma lo que arriba decíamos: los pueblos, como grupos o entes colectivos humanos, se suceden en la historia sin apreciable progreso desde el punto de vista de los valores vitales o existenciales.

En el proceso de civilización sí vemos un “progreso” en cuanto se da una *acumulación* de inventos y adelantos; pero ése es el progreso técnico-económico de que ya hemos hablado, y —con más restricciones— el progreso en las técnicas de organización política y administrativa. Nos queda por examinar el proceso cultural, es decir, de las ciencias, las artes, la moral, la religión, etc. Y como muy bien dice Alfredo Weber, aquí no hay *hecho acumulativo*. Si la civilización ma-

terial, técnica y económica, crece de pueblo a pueblo en la sucesión histórica, en esta misma sucesión y de pueblo a pueblo o de época a época no hay transfusión de valores espirituales, con acumulación progresiva, sino pura y simplemente cambios de espíritu. Se critica mucho por la ciencia actual el concepto de *Volksgeist*; pongamos en su lugar la noción de *Weltanschauung* y afirmemos que en esto no creemos que pueda hablarse de auténtico progreso, sino pura y simplemente de cambio o sucesión. Un somerísimo y sumerísimo análisis del fenómeno general de la cultura nos aclarará más las cosas.

Empecemos por la parcela de la ciencia. El saber científico no es, ni mucho menos, un atributo de la especie, como la facultad racional. Constituye un uso específico de ésta que nace en Grecia con los presocráticos y se transforma y multiplica con la ciencia positiva del Renacimiento. Nuestra pregunta es la siguiente: la acumulación de conocimientos científicos ¿es efectivamente un progreso en el plano de los valores? Es decir, ¿supone un perfeccionamiento o mejora de la vida humana? La respuesta afirmativa yace realmente en la idea misma del progreso en su forma inicial moderna, como nos teorizó el "siglo de las luces". Pero ya en esa época los pareceres no eran unánimes. Recuérdese el famoso *Discurso sobre las ciencias y las artes*, de Rousseau; y añádanse los elogios de la *sancta ignorantia* con que siempre se ha replicado al gran elogio de la sabiduría (que muy bien puede quedar en *stulticiae laudatio*), el deseo de que hay un *retorno de los brujos*, las actuales protestas contra el exceso de racionalismo (aun restando en los estudiantes el deseo de estudiar lo menos posible). En todo caso, como vemos, se tratará de una cuestión de opción entre valores, siendo lícito negar que el progreso de las ciencias sea auténticamente progresivo y no regresivo. Aún más. Desde el Renacimiento particularmente cabe distinguir FILOSOFÍA y CIENCIA en sentido estricto; y si desde el punto de vista de la segunda, y con independencia de sus repercusiones en otros órdenes muy estimables y estimados de la vida, es innegable un enorme progreso ¿puede decirse lo mismo en el plano de la Filosofía? ¿Vale más o es mejor la Metafísica griega que la Filosofía idealista o materialista alemana? Siempre pensamos en este trance en el profundo pensamiento de Paul Valéry: la Filosofía (quitando media docena de proposiciones en que casi todo el mundo está de acuerdo, de suerte que las diferencias de escuelas radican más bien en la manera de exponer esas verdades) se caracteriza y dignifica por el instrumento que utiliza, o sea, el razo-

namiento sutil y refinado. Más que un sistema de ideas es una “sinfonía de ideas”. Y a mí, la verdad, me suena mejor la música platónico-aristotélica que la hegeliana o marxista. No vemos ningún indiscutible progreso en este proceso o procesión de sistemas y escuelas de Filosofía.

Pero hemos hablado de “sinfonía de ideas” y con esto podemos introducirnos en el paraíso del arte. Creemos que aquí la cosa es clara y que con pocas palabras puede zanjarse la cuestión, teniendo presentes dos cosas: la *relatividad* de los *valores*, de un lado, y la *relatividad* de sus *formas de realización*, de otro. Esto es: la relatividad de lo estético como valor y la relatividad de los estilos y escuelas de arte. Sobre lo primero, diremos que la actitud positiva acerca del progreso en las artes depende de la valoración del valor de lo bello; y esto, insistimos, es problema de axiología opinable, no de moral absoluta obligatoria. Para el indiferente a los placeres artísticos, la historia del arte en ningún caso podrá plantearse en el plano del progreso, ni progresivo no regresivo. En cuanto a lo segundo, que apunta más que al valor de lo bello a los *bienes* y *formas* concretas de su realización, podemos mantener la misma indiferencia progresista. Aparte de que, por lo menos desde Grecia, no ha habido ningún efectivo avance y nada menos que Carlos Marx, con flagrante traición a sus teorías, nos pregunta que si la superestructura está determinada por la infraestructura económico-social, cómo es posible que el arte helénico siga valiendo como canon eterno. Aparte también de que, por lo menos para nuestro criterio individual, en las formas contemporáneas de expresión artística (4) hay un verdadero *regreso*, lo cierto es que “de gustos no hay nada escrito”, que lo que para unos es bello para otros es un engendro o “esperpento” (5), de manera que el suceder de los estilos y escuelas ha de realizarse en forma descriptiva e historiográfica, no valorativa y axiológica. Si lo que para unos es un progreso en la realización del valor de la belleza, para otros es un re-

(4) Ha de tenerse en cuenta que yo no soy un crítico de arte, sino un aficionado a ciertas formas del mismo, y que, por ende, tengo plena libertad para exponer mis opiniones o gustos personales sin comprometerme con el gran público.

(5) Un ilustre intelectual español contemporáneo ha llegado a decir que no ya Picasso, sino la obra de Picasso, es la mayor realización pictórica que ha habido; otro intelectual superior (premio Nobel) calificó hace cuarenta o cincuenta años a las creaciones del genial artista malagueño de “esperpentos”, en el genuino sentido peyorativo de la palabra.

troceso. Recordamos haber oído a un alumno que la revolución que en el arte musical introdujeron los *Beatles* era equivalente a la introducida por Beethoven. Allá él (como yo) con sus gustos; pero esto nos confirma de modo impresionante la relatividad de los gustos artísticos. No quisimos recordar a ese “contestatario”, por si podía tomarlo como ofensa, la frase de Voltaire: *la beauté pour le crapaud c'est la crapaud*.

Y nos queda el problema más serio, que en realidad escapa a nuestro enjuiciamiento del tema, del fenómeno del progreso como realización de los “valores” de la moral y la religión. Si por encima de la jerarquía relativa de valores o dentro de ella, y con validez absoluta, se colocan la ética y la religión, no cabe duda de que una y otra deberán hacer de jueces y árbitros de lo que es y no es un auténtico progreso progresivo y no falso progreso regresivo. Y entonces, asumiendo como cuestiones de “valor” ambas esferas, sentaremos rotundamente que NO HAY PROGRESO, progreso progresivo, queremos decir. Se avanza en civilización técnica y en saber científico, pero no se avanza en moralidad o religiosidad. Desde el Sermón de la Montaña no se ha dicho nada mejor en moral. No se progresa en santidad. Como dice Unamuno, no se puede ser hoy, en el siglo XX, más santo que se pudo ser en el siglo II, en el III o en el X. Eso que desde el iluminismo modernista se decanta orgullosamente como progreso, no tiene nada que ver con el alma y su salvación. “El progreso civil, histórico, no es un itinerario del alma a Dios.” Y eso lo escribe un intelectual no católico (no sabemos ni siquiera si era verdadero creyente). Entonces, ¿por qué hablamos de PROGRESO, se le califique de progresivo o de regresivo?

VII. FINAL

Podíamos cerrar estas líneas con ese interrogante; pero queremos añadir, como resumen y como colofón, el esquema de las ideas que nos han guiado:

1.º El PROGRESO debe ser entendido como crecimiento en la “realización de valores” (García Morente). Se mide por lo que algo sirve o vale para la satisfacción o felicidad de la vida humana.

2.º Entendido así, el concepto de valor adquiere un carácter relativo. **TODA AXIOLOGIA, COMO JERARQUIA DE VALORES, ES RELATIVISTA.** Depende del punto de vista subjetivo del que estima o valora. Lo absoluto y objetivo, lo que no depende de las estimaciones o gustos pariculares, son la moral y la religión. Sólo por extensión y abusivamente puede hablarse de valores éticos y religiosos. Este mundo supraexistencial **ES** (o no es), **NO VALE.**

3.º Partiendo de ese relativismo hay que afirmar que el progreso en sentido estricto es un hecho moderno, **MODERNISTA.** Dando de lado procesos más o menos análogos, corresponde al modo de pensar y valorar del Occidente europeo a partir del Renacimiento, con ruptura del tradicionalismo.

4.º Y esa ruta aparece, ante todo, como enriquecimiento del conocer científico y del crear material, como progreso científico-técnico-económico, que plasma y se expresa en el **INDUSTRIALISMO.**

5.º Pero la pluralidad de las axiologías puede llevar a un choque entre ellas, y lo que supone progreso en un aspecto puede implicar lo contrario en otro. Así destaca con especial importancia hoy lo que se llama **PROGRESO REGRESIVO.** Si el progreso económico fue tal avance como simple aumento de la “riqueza de las naciones”, pero favoreciendo nada más a las minorías burguesas, que producen a la vez empobrecimiento —o un no mejoramiento absoluto o relativo de las masas populares—, si el progreso económico no se acompañó o acompaña del progreso social, debe ser conceptualizado como regresivo.

6.º Pero esta sugestiva idea del progreso regresivo puede extenderse a otras zonas. En concreto, el proceso de *civilización* en general, como industrialismo y como desarrollo de la técnica productiva (y de la ciencia al servicio de la técnica), ¿debe ser aceptado como un progreso dentro del proceso de cultura (valores del espíritu)? Todo es cuestión de gustos, diremos con relativismo axiológico; pero nos parece que el alto progreso material del mundo presente no sólo no se corresponde con igual ascenso en el reino del espíritu, sino que implica un descenso o deterioro, un regreso espiritual. El orgullo progresista moderno estableció la serie histórica de salvajismo, barbarie y civilización, cada una de las cuales era *mejor* según el lugar cronológico que ocupaba. Pues bien, nos tememos que el industrialismo a ultranza, que deteriora por fuera el medio ambiente y por dentro el alma humana, se ha convertido globalmente en un progreso regresivo,

haciéndonos volver desde la civilización a la barbarie. Es lo que Toynbee señala con su categoría del *homo occidentalis mechanicus neo-barbarus*. ¡Y caminamos hacia la destrucción atómica o hacia el *mundo feliz* de A. Huxley..., “feliz”, sí, para los que vivían en él, incluida Lenina, no para el “salvaje” de ese mundo!